

cera correspondencia. No ignoró el ministro inglesa nada de lo que se trataba: dió su asenso y aun su ministro apuntes acerca de los términos en que convendría extender la gracia; mas sin provocar su concesion ni acelerarla por vivo que fuese su deseo de verla realizada.

Encargóse Don Francisco Ciscar, diputado por Valencia, de presentar la proposicion por escrito, firmada por los vocales ya expresados. No encontró la medida en las córtes resistencia notable, preparado ya el terreno. Hubo con todo quien la rechazase, en particular varios diputados de Cataluña, y entre ellos Don Jaime Creux, mas adelante arzobispo de Tarragona, é individuo en 1822 de la que se apellidó regencia de Urgel. Nació principalmente esta oposicion del temor de que se diesen ensanches en lo venidero al comercio británico en perjuicio de las fábricas y artefactos de aquel principado, en cuya conservacion se muestran siempre tan celosos sus naturales. Mañosamente usó de la palabra el señor Creux, mirando la cuestion por diversos lados. Dudaba tuviesen las córtes facultades para dispensar á un extrangero favor tan distinguido; añadiendo que la propuesta debia proceder de la regencia, única autoridad que fuese juez competente de la precision de acudir á semejante y extremo remedio, y no dejando tampoco de alegar en apoyo de su distámen lo imposible que se hacia sujetar á responsabilidad á un general súbdito de otro gobierno, y obligado por tanto á obedecer sus supe-

riores órdenes. Razones poderosas contra las que no habia massalida que la de la necesidad de aunar el mando, y vigorizarle para poner pronto y favorable término á guerra tan funesta y prolongada.

Convencidas de ello las córtes, aprobaron por una gran mayoría la proposicion de Don Francisco Ciscar y sus compañeros, resolviendo asimismo que la regencia manifestase el modo mas conveniente de extender la concesion, con todo lo demas que creyese oportuno especificar en el caso. Evacuado este informe, dieron las córtes el decreto siguiente. „Siendo indispensable para la mas pronta y segura destruccion del enemigo, que haya unidad „en los planes y operaciones de los ejércitos aliados en la Península; y no pudiendo conseguirse „tan importante objeto, sin que un solo general „mande en gefe todas las tropas españolas de la „misma, las córtes generales y extraordinarias, „atendiendo á la urgente necesidad de aprovechar „los gloriosos triunfos de las armas aliadas, y las „favorables circunstancias que van acelerando el „deseado momento de poner fin á los males que „han afligido á la nacion; y apreciando en gran „manera los distinguidos talentos y relevantes servicios del duque de Ciudad Rodrigo, capitán general de los ejércitos nacionales, han venido en „decretar y decretan: Que durante la cooperación „de las fuerzas aliadas en defensa de la misma Península, se le confiera el mando en gefe de todas „ellas, ejerciéndole conforme á las ordenanzas ge-



„nerales, sin mas diferencia que hacerse, como res-  
 „pecto al mencionado duque se hace por el presen-  
 „te decreto, extensivo á todas las provincias de la  
 „Península cuánto previene el artículo 6.º, título  
 „1.º, tratado 7º de ellas: debiendo aquel ilustre cau-  
 „dillo entenderse con el gobierno español por la  
 „secretaría del despacho universal de la guerra.  
 „Tendrálo entendido la regencia del reino, etc. Da-  
 „do en Cádiz á 22 de septiembre de 1812.”

Incidentes  
 que ocurren  
 en este nego-  
 cio.

Con sumo reconocimiento y agrado recibió la noticia Lord Wellington, contestando en este sentido desde Villatoro con fecha de 2 de octubre; mas expuso al mismo tiempo que ántes de admitir el mando con que se le honraba, érale necesario obtener el beneplácito del príncipe regente de Inglaterra, lo que dió lugar á cierto retraso en la publicación del decreto.

Motivó semejante tardanza diversas hablillas, y aun siniestras interpretaciones y deslenguamientos, acabando por insertar á la letra el decreto de las córtes un periódico de Cádiz intitulado la Abeja. Dióse por ofendida de esta publicación la regencia, temiendo que se la tachase de haber faltado á la reserva convenida, y por lo mismo trató de justificarse en la Gaceta de oficio: otro tanto hizo la secretaria de córtes, como si pudiera nadie responder de que se guardase secreto en una determinacion sabida de tantos, y que habia pasado por tantos conductos. Se enredó sin embargo el negocio á punto de entablarse contra el periódico una demanda ju-

dicial. Cortó la causa el diputado Don José Mejía, quien á sí propio se denunció ante las córtes como culpable del hecho, si culpa habia en dar á luz un documento conocido de muchos, y con cuya publicación se conseguia aquietar los ánimos sobrado alterados con las voces esparcidas por la malevolencia, y aumentadas por el misterio mismo que se habia empleado en este asunto. Hubo quien quiso se hiciesen cargos el diputado Mejía, graduando su proceder de abuso de confianza: las córtes fallaron lo contrario, bien que despues de haber oido á una comision, y suscitándose debates y contiendas. Livianos incidentes en que se descarrián con frecuencia los cuerpos representativos, malgastando el tiempo, tanto mas lastimosamente, quanto en discusiones tales toman parte los diputados de menor valía, aficionados á minucias y personales ataques.

Envió entre tanto Lord Wellington su aceptación definitiva en virtud del consentimiento alcanzado del príncipe regente, y las córtes dispusieron que se leyese en público el expediente entero, como se verificó en la sesion del 20 de noviembre, cesando con esto las dudas y el desasosiego, y quedando así satisfecha la curiosidad de la muchedumbre.

No faltaron sin embargo personas, aunque contadas, que censuraban acerbamente la providencia. Los redactores del Diario mercantil de Cádiz, socolor de patriotas, alzaron vivo clamor, reprendiendo de ilegal el decreto de las córtes. Eran eco de



los parciales del gobierno intruso, y de la ambición inmoderada de algunos gefes.

Desobediencia de Ballesteros.

Acaudillaba á estos en su descontento Don Francisco (\*) Ballesteros, quien abiertamente trató de desobedecer al gobierno. Capitan general de Andalucía, encontrábase á la sazón en Granada al frente del cuarto ejército, y mal avenido en todos tiempos con el freno de la subordinación, gozando de cierta fama y popularidad, parecióle aquella acomodada coyuntura de ensanchar su poder y dar realce á su nonbre, lisonjeando las pasiones del vulgo, opuestas en general al influjo extranjero. Descubrió á las claras su intento en un oficio dirigido el ministro de la guerra con fecha 23 de octubre, en cuyo contenido, haciendo inexacta y ostentosa reseña de sus servicios en favor de la causa de la independencia ántes y despues del 2 de mayo de 1808, que se hallaba en Madrid, y no hablando con mucha mesura de la fe inglesa, requeria que ántes de conferir el mando á Lord Wellington, se consultase en la materia á los ejércitos nacionales y á los ciudadanos, y que si unos y otros consintiesen en aquel nombramiento, él aun así y de todos modos se retiraria á su casa, manifestando en eso que solo el honor y bien de su país le

NOTA. (\*) Hemos escrito siempre el apellido de *Ballesteros* con *B*, con arreglo á la verdadera ortografía de su procedencia seguida por todos los periódicos de aquel tiempo: sin embargo, este general se firmaba *Vallesteros* con *V*.

guiaban, y no otro interes ni mira particular. Dañoso tan mal egemplo, si hubiera cundido, no tuvo afortunadamente seguidores, á lo que contribuyó una pronta y vigorosa determinación de la regencia del reino, la cual resolviendo separar del mando á Ballesteros, envió á Granada para desempeñar este encargo al oficial de artillería Don Ildelfonso Díez de Ribera, hoy conde de Almodóvar, el cual ya conocido en el sitio de Olivenza, habia pasado ultimamente á Madrid á presentar de parte del gobierno á Lord Wellington las insignias de la órden del Toison de oro. Iba autorizado Ribera competentemente con órdenes firmadas en blanco para los gefes, y de las que debia hacer el uso que juzgase prudente. Era segundo de Ballesteros Don Joaquin Virués, y á falta del general en gefe recaía en su persona el mando segun ordenanza; mas no conceptuándose sugeto apto para el caso, echose mano del príncipe de Anglona, de condicion firme y en sus procederes atinado, quien todavía se mantenía en Granada, si bien pronto á separarse de aquel ejército, disgustado con Ballesteros por sus demasías. Avistáronse el príncipe y Ribera, y puestos de acuerdo, llevaron á cumplido efecto las disposiciones del gobierno supremo. Para ello apoyáronse particularmente en el cuerpo de guardias españolas, sucediendo que las otras tropas, aunque muy entusiasmadas por Ballesteros, luego que vislumbraron desobedecia este á la regencia y las córtés, abandonáronle y le dejaron solo. Intentó

Se le separa del mando.



Ballesteros atraerlas; pero desvaneciéndosele en breve aquella esperanza, sometiése á su adversa suerte y pasó á Ceuta, á donde se le destinó de cuartel. En el camino no se portó cuerdamente, dando ocasion con sus importunas reclamaciones, tardanzas y desmanes, á que no se desistiese de proseguir contra él una causa ya empezada, la cual á dicha suya no tuvo éxito infausto, tapando las faltas hasta el mismo príncipe de Anglona, quien en su declaracion favoreció á Ballesteros generosamente. La regencia sin embargo graduó el asunto de grave, y publicó con este motivo en diciembre un manifiesto especificando las razones que habia tenido presentes para separar del mando del cuarto ejército á aquel general de suyo insubordinado y descontentadizo siempre. Cierta que la popularidad de que gozaba Ballesteros, y el atribuir muchos su desgracia al ardiente deseo que le asistia de querer conservar intactos el honor y la independencia nacional, eran causas que reclamaban la atencion del gobierno para no consentir se extraviase sin defensa la opinion pública. Adornaban á Ballesteros, valeroso y sóbrio, prendas militares recomendables en verdad, mas oscurecidas algun tanto con sus jactancias y con el prurito de alegar ponderados triunfos que cautivaban á la muchedumbre incauta. Creíala dicho general tan en favor suyo, que se imaginó no pendia mas de tener universal séquito cualquier opinion suya, que de cuanto él tardase en manifestarla. Pone tambien maravilla

que hubiera quien sustentase que en conferir el mando á Wellington se comprometia el honor y la independencia española. Peligra esta y se pierde aquel, cuando un pais se expone irreflexivamente á una desmembracion, ó concluye estipulaciones que menoscaban su bienestar ó destruyen su prosperidad futura. En la actualidad ni asomo habia de tales riesgos; y cuando estos no amagan, todos los pueblos en parecidos casos han solido depositar su confianza en caudillos aliados. La Grecia antigua vió á Temístocles sometido al general de Esparta, tan inferior á él en capacidad y militares aciertos. Capitaneó Vendome las armas aliadas hispano-francesas en la guerra de sucesion, y en nuestros dias el mismo Wellington ha tenido bajo sus órdenes los ejércitos de las principales potencias de Europa, sin que por eso resaltase para ellas desdoro ni mancilla alguna.

A la insubordinacion y desobediencia de Ballesteros acompañó tambien el malograrse la toma del castillo de Búrgos. Dejamos allí á los ingleses dueños del hornabeque de San Miguel, preliminar necesario para continuar las demas acometidas. Establecieron en seguida una batería por el lado izquierdo del hornabeque, decidiendo Lord Wellington, aun ántes de concluirla, escalar el recinto exterior en la noche del 22 al 23 de septiembre. Frustróse la tentativa, y entónces hicieron resolucion los anglo-portugueses de continuar sus trabajos, queriendo derribar por medio de la mina los muros

Continúa el sitio del castillo de Búrgos.

Continúa el sitio del castillo de Búrgos.



enemigos. Abrieron al efecto una comunicacion que arrancaba del arrabal de San Pedro, y convirtieron en una paralela un camino hondo colocado á 50 varas de la linea exterior. En la noche del 29 jugó con poco fruto la primera mina, siendo rechazados los aliados en el asalto que intentaron. No por eso desistieron todavía de su empresa, y con diligencia practicaron una segunda galería de mina, tambien enfrente del arrabal de San Pedro. Lista ya esta el 4 de octubre, se puso fuego al hornillo: habíase apenas verificado la explosion cuando ya coronaban las brechas las columnas aliadas. Fué en el trance gravemente herido el teniente coronel de ingenieros Jones, diligente autor de los sitios de estas campañas.

Alojados los ingleses en el primer recinto, comenzaron á cañonear el segundo, y á practicar al propio tiempo un ramal de mina que partia desde las casas cercanas á San Roman, ántes iglesia, ahora almacén de los franceses. La estacion mostrábase lluviosa é inverniza, y las balas de á 24 no dejaban ya de escasear para los sitiadores. Sin embargo, juzgando estos accesible la brecha del segundo recinto, le asaltaron el 18 de octubre, mas con éxito desgraciado y á punto que los desalentó en gran manera. Por eso, y porque los movimientos del enemigo ponian en cuidado á Lord Wellington, determinó este descercar el castillo como lo verificó el 22 del propio mes á las cinco de la mañana, sin conseguir tampoco, según inten-

to cubren  
-mas las balas  
-chilló en el  
-seg

Descercale  
los aliados.

tó, la destruccion del hornabeque de San Miguel.

Bien preparados los ingleses hubieran debido tomar los fuertes de Búrgos en el espacio de solo 8 dias. Disculpáron su descalabro con la falta de medios, y con no haber calculado bastantemente la resistencia con que encontraron. Mas entónces ¿para qué emprender un sitio tan inconsideradamente?

Eran de gravedad los movimientos que forzaron á Lord Wellington á alejarse de Búrgos. Verificábanlos los ejércitos franceses del mediodia y centro y los llamados de Portugal y el norte. Los primeros pusieron en marcha luego que en Fuente la Higuera celebró el rey José una conferencia con los mariscales Jourdan, Soult y Suchet. Hizo este grandes esfuerzos para que no se evacuase á Valencia, y lo consiguió; revolviendo solo sobre Madrid por Cuenca y por Albacete las tropas de los otros mariscales.

Creían los franceses trabar refriega en el tránsito con Sir Rowland Hill, quien despues de su venida de Extremadura manteníase á orillas del Tajo en Aranjuez y Toledo, engrosado con la fuerza anglo-portuguesa que compuso parte de la guarnicion de Cádiz durante el sitio, y con las tropas que trajo de Alicante Don Francisco Javier Elío, y ascendian á 6,000 infantes, 1,200 caballos y 8 piezas de artillería que se situaron á la izquierda del ejército británico en Fuentidueñas. Mas advertido el general ingles de los intentos del ejército enemigo, avisóselo á Wellington, y poniéndose en camino de

Movimien-  
tos de los  
franceses.

De José so-  
bre Madrid.



Madrid, abandonó sus estancias y voló uno de los ojos del puente llamado Largo sobre el Jarama, en cuyas riberas dejó con algunas tropas al coronel Skerret.

Retiranse  
los aliados de  
Madrid.

Tuvo este allí un choque con el ejército de José que seguía la huella de sus contrarios, quienes de resultas desampararon del todo las orillas del Jarama. El general Hill pasó por Madrid el 31 de octubre; desocupó los almacenes de los franceses; hizo volar la casa de la China; destruyó las obras del Retiro, y recogiendo las divisiones que Lord Wellington había dejado apostadas dentro y en los alrededores de la capital, continuó su viage y traspuso las sierras de Guadarrama dirigiéndose sobre Alba de Tórmes, con objeto de unirse á las demas fuerzas de su nacion que guerreaban en Castilla la Vieja. Acompañaronle las divisiones principales del quinto ejército español que trajera de Extremadura; mas no las del segundo y tercero que con Elío habían avanzado á la Mancha, y se le habían juntado las que tornaron á su respectivo distrito de Valencia y Murcia, cruzando el Tajo por el puente de Auñon, y dando lugar á que José avanzase á Madrid para continuar ellas su marcha por los lindes de la provincia de Cuenca.

Estado triste  
de la capital.

Presentaba Madrid en aquellos dias penoso y melancólico aspecto. Las autoridades se habían alejado apresuradamente de la villa, y aun el ayuntamiento ya establecido constitucionalmente, había se quedado reducido á cuatro regidores por la hui-

da de los otros. Hubieran sobrevenido gravísimos males sin la presencia de ánimo de Don Pedro Sainz de Baranda, y el sacrificio que hizo este de su persona. Respetable vecino de Madrid y tambien regidor, se puso al frente de todo, erigido en primera y única cabeza de la capital. Las disposiciones de Baranda fueron vigorosas y cuerdas, impidiendo con ellas se realizasen los desórdenes que amagaban y eran de temer en una gran poblacion, sola y entregada á sí misma en circunstancias críticas y dolorosas.

Don Pedro  
Sainz de Ba-  
randa.

Entró José en Madrid á las dos de la tarde del 2 de noviembre. No fué su mansion larga ni duradera, pues de nuevo evacuó la capital el 7 del propio mes, no viéndose entónces los vecinos expuestos á la precaria suerte de pocos dias ántes, por conocer ya el remedio á su desamparo. Baranda que se había recogido á su casa durante la breve permanencia de José en Madrid, fué repuesto en el ejercicio de sus facultades, y continuó portándose atinadamente, hallando recursos que satisficiesen los excesivos pedidos de varios guerrilleros que se agolparon á la capital, y los del general Bassecourt, que el dia 11 pisó tambien sus calles.

Entra José  
en Madrid.

Sale otra vez.

Enderezó su marcha José tras de los ingleses hacia Castilla la Vieja con intento de obrar mancomunadamente con sus ejércitos de Portugal y el norte. Lord Wellington, ántes de levantar el sitio del castillo de Búrgos, prevínose para no ser sorprendido por las masas enemigas que de encontra-

Va José  
á Castilla la  
Vieja.



Movimiento de Wellington.

dos puntos venian sobre sus huestes; y ya desde el 18 de octubre se situó en ademan de defenderse y de estar dispuesto para la retirada, colocando la derecha de su ejército anglo-hispano-portugues en Ibear sobre el Arlanzon, el centro en Mijaradas y la izquierda en Sotopalacios.

Avanzan á Castilla la Vieja los ejércitos franceses de Portugal y el norte.

A la propia sazón habian reunido los franceses sus fuerzas disponibles de los ejércitos de Portugal y el norte en Monasterio, empezando á avanzar el 20 á Quintanapalla, de donde tuvieron otra vez que replegarse flanqueándolos por su derecha sir Eduardo Paget. Wellington sin embargo no difirió levantar el sitio del castillo de Búrgos, segun hemos visto; é hizolo con tal presteza, que el enemigo no advirtió hasta tarde el movimiento de los aliados, quienes pudieron continuar retirándose sin molestia, y pasar tranquilamente el Pisuerga por Torquemada y Cordobilla. Varios batallones ligeros de caballería al mando de sir Stapleton Cotton, Don Julian Sanchez y alguna que otra partida española componian la retaguardia. El enemigo adelantándose trabó refriegas parciales con los aliados, cuyas tropas colocadas á la márgen del Carrion, sentaron el 24 su ala derecha en Dueñas y su izquierda en Villamuriel. Por aquí se extendia el sexto ejército español á las órdenes del general Castaños, cuyo gefe de estado mayor era Don Pedro Agustin Giron. Habiansese agregado guerrillas y gente del séptimo ejército, como lo era la division de Don Juan Diaz Porlier. Atacó el enemigo la izquierda

Empieza Wellington á retirarse.

Maniobras de los ejércitos.

de los aliados sin fruto; hizo Wellington en seguida marchar alguna fuerza sobre Palencia con deseo de cortar los puentes del Carrion; pero malogrósele habiendo agolpado allí los franceses suficiente tropa que se lo estorbaba.

Pasó el enemigo aquel rio por Palencia, y hubo entónces Wellington de cambiar su frente, consiguiendo volar dos puentes que hay tambien sobre el Carrion en Villamuriel y cerca de Dueñas. No acertaron los aliados á destruir otro sobre el Pisuerga en Tariego, por donde cruzaron aquel rio los enemigos, como tambien el carrion, siguiendo un vado peones suyos y ginetes. Ordenó Wellington que se contuviese á los contrarios en su ataque, y se trabó una pelea en la que tuvieron parte los españoles. De estos el regimiento de Astúrias ció un momento, y notándolo Don Miguel de Alava que asistia al lado de Lord Wellington, se adelantó para reprimir el desórden y evitar que hubiese quiebra en la honra de las filas de sus compatriotas á la vista de tropas extranjeras. Intrépido Alava, avanzó demasadamente, y recibió una herida grave en la ingle. Pero los españoles entónces sin descorazonarse, volvieron en sí y repelieron al enemigo, ayudándolos y completando la comenzada obra los de Brunswick, y el general Oswald con la quinta division de los aliados.

Luego cejó Lord Wellington repasando el Pisuerga por Cabezón de Campos. En la mañana del 27 apareció Souham, general en gefe del ejército



enemigo, á cierta distancia, sin que intentase ningún ataque de frente, limitándose, según se advirtió despues, á enviar destacamentos via de Cigales por su derecha, para posesionarse del puente de Pisuerga en Valladolid, y colocarse así á espaldas del ejército aliado. Prolongaron los franceses su derecha aun mas allá el dia 28, siendo su intento enseñorearse del puente del Duero en Simancas; pero defendido este paso como el de Valladolid por el coronel Halkett y el conde Dalhousie, volaron los aliados el primer puente, y á prevención tambien el de Tordesillas. Mas no bastándole á Lord Wellington estas precauciones, y temeroso de ser envuelto por su izquierda, se echó atras, y pasó el Duero por los pueblos de Puente Duero y Tudela, cuyos puentes voló lo mismo que el de Quintanilla y los de Zamora y Toro. Advertido Wellington de que los enemigos cruzando á nado el Duero habian caido de golpe sobre la guardia inglesa de Tordesillas, y que reparaban el puente para facilitar la comunicacion de ambas riberas, se encaminó al punto en donde se alojaba el ala izquierda, apostando el 30 sus tropas en las alturas que se elevan entre Rueda y Tordesillas. Nada sin embargo intentaron los enemigos por de pronto, contentándose con posesionarse nuevamente de Valladolid y Toro, y extenderse por la derecha de sus márgenes. Tampoco Wellington se movió antes del 6 de noviembre, ora por desistir el enemigo de su acosamiento, ora por ser necesario dar descanso á sus tropas y treguas

Repasa Wellington el Duero.

al general Hill para que se le juntase. Aquel mismo dia llegó dicho general á Arévalo, y púsose en comunicacion con Wellington, quien le mandó proseguir sin tardanza su movimiento por Fontiberos sobre Alba de Tórmes. La marcha de Hill pecó de fatigosa por escasez de víveres, cuya falta se achacó al comisariato ingles, impróvido y mas cuidadoso á la sazón del interes propio que del de sus tropas. Tambien habia decaido algun tanto la virtud militar en las divisiones que mandaba Hill.

Aparejados ya los puentes de Tordesillas y Toro por el enemigo, no alargó mas tiempo Wellington su permanencia en las últimas estancias, colocándose el 8 de noviembre en las que ántes habia ocupado frente de Salamanca. Pasó el mismo dia sir Rowland Hill el Tórmes por Alba, y guarneció el castillo.

Detenidos los franceses en recoger provisiones, y atentos á unirse con los ejércitos del mediodia y centro, como lo fueron verificando en estos dias, no molestaron á los aliados en sus marchas. Las fuerzas enemigas que se reunieron ahora ascendian á 80,000 infantes y 12,000 caballos, lo mas florido de lo que tenían en España, si no contamos algunas de las tropas de Suchet. Constaba el ejército aliado de 48,000 infantes y 5,000 caballos, y ademas 18,000 españoles, fuera de las guerrillas, y de la gente de Extremadura que venia con Hill.

Comenzaron los enemigos á hacer ademán de atacar el 9 á los aliados por el lado de Alba, mas

Unoselo Hill.

Wellington en Salamanca.

Júntase José á los ejércitos suyos del norte y Portugal.



Pasan los franceses el Tórmes.

no se trabó pelea importante hasta el 14. En este día vadearon los franceses el Tórmes por tres puntos, dos leguas por cima de Alba. Quiso Lord Wellington poner estorbos al paso del frances por aquel rio; pero siendo ya tarde, y conociendo estar muy afianzados los enemigos en sus posiciones, determinó alejarse. Puso en ejecucion su pensamiento despues de haber recogido en la misma tarde del 14 las tropas suyas apostadas en las cercanías de Alba, y de haber destruido los puentes del Tórmes, ciñéndose á dejar en el castillo de aquella villa, palacio de sus duques, una guarnicion española de 300 hombres á las órdenes de Don José Miranda Cabezon.

Se retiran los ingleses via de Portugal.

Abandonó Wellington del todo el 15 las estancias de Salamanca, y partió distribuido su ejército en tres trozos que conservaban palalelas distancias, en cuanto lo consentia el terreno doblado de aquella comarca. Mandaba la primera columna el general Hill, la segunda ó centro sir Eduardo Paget; componian la tercera los españoles. Cruzaron todos el Zurguen, y acamparon por la noche en los olivares que lame el Valmuza, tributario del Tórmes. El tiempo lluvioso, las aguas rebalsadas en las tierras bajas, los víveres escasos, si bien se habia surtido al soldado de pan para seis dias, pero inútilmente por la relajacion de la disciplina sino en los casos de pelear: los caballos desprovistos de forrage y pienso, teniendo que acudir para alimentarse á pacer la yerba ó á ramonear y descortezar los ár-

boles. Desaprovecharon los franceses, asistidos como se hallaban de fuerzas superiores, esta oportunidad de introducir desórden, y aumentar la turbacion en el ejército aliado.

Permanecieron los nuestros al raso el 16 en un bosque á dos leguas de Tamámes. Al día siguiente dirigieron su marcha por unos encinares, y detras el enemigo sin perder la huella de la retaguardia. Aquí pastaban unas piaras, y con ellas rompieron recia escaramuza los soldados así españoles como ingleses y portugueses, echándose la culpa unos á otros: hubo ocasion en que el fuego indujo á error, creyendo ser lid con hombres la que solo lo era contra desdichados animales.

El desconcierto que nacia de tales incidentes, junto con lo pantanoso é intransitable de los caminos, y lo hinchado de los arroyos, que desunian las divisiones ó columnas, fué causa de que resultase entre dos de ellas un espacioso claro. Disgustado sir Eduardo Paget, y deseoso de averiguar en qué consistia, cabalgó de una á otra, en sazon justamente en que se interponia entre las columnas separadas un cuerpo de caballería enemiga que, cayendo de repente sobre el general ingles, le hizo prisionero sin resistencia. Afortunadamente ignoraban los franceses la verdadera situacion de los aliados, si no otros perjuicios pudieran haberse seguido. Desde el Tórmes no hubo mas que cañoneo y escaramuza por ambas partes, con amago á veces de formalizarse campal batalla. Lord Wellington,

Desórden en la retirada.

Cae prisionero el general Paget.



cuya serenidad y presencia por do quiera alentaba y contribuía á que el soldado no diese suelta á su indisciplina, estableció en la noche del 18 sus cuarteles en Ciudad-Rodrigo, y cruzando en los dias 19 y 20 el Agueda, pisó en breve tierra de Portugal.

Entra Lord Wellington en Portugal.

Los españoles se dirigieron por lo interior de este reino á Galicia, alojándose otra vez en el Vierzo el sexto ejército, para rehacerse y prepararse á nuevas campañas. Tornó Porlier á Asturias, y las fuerzas de Extremadura que habian venido con Hill, se acuartelaron durante el invierno en Cáceres y pueblos inmediatos, quedando cerca de Wellington pocos cuerpos y guerrillas, de las que algunas regolfaron otra vez á Castilla.

Pasan á Galicia y Asturias el sexto ejército español y Porlier.

Defensa honrosa del castillo de Alba de Tórnes.

Entre tanto el gobernador de Alba de Tórnes Don José Miranda Cabezon, á quien encargó Wellington sustentar el punto, condújose dignamente: reanimando su espíritu, si menester fuera, la vista de aquellas paredes en donde se representaban todavía las principales batallas de que saliera vencedor en otro tiempo el inmortal duque de Alba Don Fernando Alvarez de Toledo. Solo Miranda, y ya léjos los ejércitos aliados, empezaron los enemigos á intimarle la rendición. Respondió Miranda siempre con brio á los diversos requerimientos, no desperdiciando coyuntura de hacer salidas y coger prisioneros. Ocuparon luego los franceses los lugares altos para descubrir á los nuestros que se defendían bravamente detras de los muros, de las ruinas y parapetos del castillo. Así continuaron has-

ta el 24 de noviembre, en cuya noche resolvió el gobernador evacuar aquel recinto, dejando solo dentro al teniente de voluntarios del Ribero Don Nicolás Solar, con 20 hombres, 33 enfermos y 112 prisioneros hechos en las anteriores salidas. Ordenó á este su gefe sostener fuego vivo por algun tiempo para cubrir al sitiador la escapada de la guarnición. Al ser de dia llegó Miranda con los suyos al Carpio; pero teniendo que andar por medio de los enemigos y de sus puestos avanzados, vióse obligado, para evitar su encuentro, á marchar y contramarchar durante los dias 25, 26 y 27, hasta que el 28 favorecido por un movimiento de los contrarios, y ejecutando una marcha rápida, se desembarazó de ellos, y se acogió libre al puerto del Pico. Antes de salir Miranda del castillo se correspondió con el general frances que le sitiaba, y en el último oficio díjole: „Emprendo la salida con „mi guarnicion; si las fuerzas de V. S. me encon- „trasen, siendo compatibles, pelearémos en campo „raso. Dejo á V. S. el castillo con los enseres que „encierra, particularmente los prisioneros; á quienes he mirado con toda mi consideracion, y omito suplicar á V. S. tenga la suya con el oficial, „enfermos y demas individuos que quedan á su cuidado, supuesto que sus escritos me han hecho ver „la generosidad de su corazon.“ Celebró debidamente Lord Wellington el porte de Miranda, y tributáronle todos justas alabanzas. Penetrado que hubo en Portugal el general in-



Cuarteles de Wellington en Portugal.

gles, tomó cuarteles de invierno, acantonando su gente en una línea que se extendía desde Lamego hasta las sierras de Baños y Béjar, así para proporcionarse vituallas con mayor facilidad, como para atalayar todos los pasos, y de manera que pudieran sus diferentes cuerpos reconcentrarse con celeridad y presteza. Los franceses por su parte tomaron varios rumbos y posiciones, esparciéndose por Castilla la Vieja, á las órdenes de Souham y Caffarely, sus ejércitos de Portugal y el norte, y revolviendo sobre Castilla la Nueva, regidos siempre por el rey intruso y los mariscales Jourdan y Soult, los del centro y medio día.

Dividense los franceses.

Vuelve José á Madrid.

En la tarde del 3 de diciembre entró de nuevo José en Madrid, enluteciéndose los corazones de los vecinos, comprometidos cada vez mas con idas y venidas de unos y otros, y abrumados de cargas y de no interrumpidas infelicidades y desventuras. Mandó no obstante el gobierno intruso que se iluminasen las casas por el espacio de tres días en celebridad del retorno de su monarca, quien se mostró aun mas placentero y apacible que lo que tenía de costumbre. Las demostraciones de alegría apesadumbraban á los moradores en vez de divertirlos y entretenerlos, mirándolos como mofa de sus miserias: ocasion bastante, cuando no fuera ayudada de tantas otras, para que creciese la indignacion en los pechos.

Circular de Lord Wellington.

Repartidas las tropas británicas, según hemos dicho, y aseguradas en sus puestos, pasó Welling-

ton una circular á todos los comandantes de los cuerpos, notable por sus razones y oportunos reparos, y por inferirse tambien de su contexto el desarreglo y la insubordinacion á que habían llegado los soldados ingleses. „La disciplina del ejército de „mi mando (decía Wellington) en la última campaña ha decaído á tal punto, que nunca he visto „ni leído cosa semejante. Sin tener por disculpa „desastres ni señaladas privaciones. . . . .” „Han- „se cometido desmanes y excesos de toda especie, y „se han experimentado pérdidas que no debieran haber ocurrido. . . . .”

Achacaba en seguida el general inglés muchas de estas faltas al descuido y negligencia de los oficiales en los regimientos, y prescribía atinadas reglas para aminorar el mal y destruirle en lo sucesivo. Produjo esta circular maravilloso efecto.

Poco despues se trasladó Lord Wellington á Cádiz, á fin de concertarse con el gobierno español acerca de la campaña que debía abrirse en la primavera, y tambien para dar descanso y recreo al ánimo despues de tan continuadas fatigas. Llegó Wellington á aquella ciudad el 24 de diciembre, y la regencia y las córtes, y los grandes y los vecinos, todos se esmeraron en su obsequio. Diéronle los regentes el 26 un convite espléndido, al que asistió una comision de las córtes. En correspondencia hizo otro tanto el embajador británico sir Enrique Wellesley, hoy Lord Cowley, hermano del general, con la singularidad de haber invitado á to-

Pasa á Cádiz Lord Wellington.

Recibo Escribano que se le hace.



dos los diputados. Festejóle la grandeza de España, casi toda ella reunida en Cádiz, como muy adicta á la causa de la patria, celebrando un suntuoso baile á que concurrió lo mas florido y bello de la poblacion. Quisieron turbar la fiesta mal intencionados, ó gente enojada de no haber sido parte en el convite, escribiendo una carta anónima á la condesa-duquesa de Benavente, duquesa tambien viuda de Osuna, que por sus particulares respetos y elevadas circunstancias presidia la funcion: tratabase en su contenido de atemorizar á esta señora con el anuncio de que la cena estaba envenenada. Vislumbróse luego el objeto de tan falso y oficioso aviso, y léjos de alterarse la alegría, aumentóse, dando lugar tal incidente á donaires y chistosas agudezas. Otra casual ocurrencia hizo aquella noche subir mas de punto el comun gozo, y fué la noticia que entónces llegó de los desastres y completa ruina que iba sufriendo el ejército frances al retirarse de su campaña de Rusia: suaves recuerdos de hechos que presenciarnos, tanto mas indelebles para nosotros, cuanto acaecieron en nuestra primera mocedad.

A tales diversiones y fiestas, grandes atendiendo á la estrechez de los tiempos, nacidas todas del entusiasmo mas puro y desinteresado, acompañaron ciertas y honoríficas muestras de aprecio dispensadas á la persona de Lord Wellington. Debe considerarse como notable la de una comision que nombraron las córtes para irle á cumplimentar á su

casa luego de su arribo á Cádiz; paso preparatorio de una nueva y mayor distincion con que se le honró.

Fué esta recibirle las córtes dentro de su mismo seno, y concederle asiento en medio de los diputados: merced que Wellington tuvo en grande estima, como hijo de un pais en cuyo gobierno tienen tanta parte los cuerpos representativos. Verificóse esta ceremonia el 30 de diciembre. Presidia las córtes Don Francisco Ciscar <sup>1</sup>. Leyó Lord Wellington un discurso sencillo en castellano, pero enérgico, realzando el vigor de las palabras el acento mismo aspirado y fuerte con que le pronunció. Respondióle el presidente de las córtes atinadamente, si bien de un modo algo ostentoso, y propio solo de los tiempos en que Alejandro Farnesio <sup>2</sup> y el duque de Feria dominaron en Francia, y dentro mismo de los muros parisienses.

No se crea que solo á ceremonias y apacibles entretenimientos se limitaron las ocupaciones de Lord Wellington en Cádiz: otras disposiciones y acuerdos se tomaron enderezados á dar impulso á la guerra, é introducir mayor sencillez en la administracion. La regencia habia por este tiempo refundido en cuatro ejércitos de operaciones con dos de reserva los que ántes se hallaban distribuidos en siete. Formaba el primero el de Cataluña, y se puso á las órdenes del general Copons y Navia. El segundo componíase del segundo y tercero de ántes, y continuaba mandándole Don Francisco Javier Elío. El cuarto antiguo daba el ser al tercero nuevo.

Toxo VI.

Se le da asiento en las córtes.

[1 Ap. n. 10.]

[2 Ap. n. 11.]

Varias disposiciones de la regencia.

Nueva distribucion de los ejércitos españoles.



vo, y á su frente el duque del Parque. Constaba el cuarto de ahora de los anteriores quinto, sexto y séptimo, y regíale el general Castaños. De los de reserva debia organizarse uno en Andalucía al cuidado del conde del Abisbal; otro en Galicia al de Don Luis Lacy. De esta fuerza 50,000 hombres tenian que maniobrar á las inmediatas órdenes de Lord Wellington. Tambien á instancia de la re-

(1 Ap. n. 12.)

gencia promulgaron las córtes un <sup>1</sup> decreto con fecha 6 de enero del año entrante de 1813, en el que se deslindaban las facultades de los generales, de los gefes políticos y de los intendentes, con otras disposiciones dirigidas á destruir, ó por lo ménos suavizar todo ludimiento ó roce de las autoridades entre sí; tratándose igualmente de mejorar la cuenta y razon, y toda la parte administrativa: asunto arduo de suyo, y mas en aquella sazón, fecunda en pretextos y disculpas que ofrecian los reveses y azares de la guerra misma.

Para Wel-  
lington á Lis-  
boa.

En breve salió Lord Wellington de Cádiz y pasó á Lisboa, siendo acogido en los pueblos portugueses por donde transitó desde Yelbes hasta el Tajo, con regocijos públicos y arcos de triunfo muy engalanados. Acorde en estos viages con los gobiernos de la península, pudo sosegadamente prepararse á la ejecucion del plan de la campaña próxima, que pronosticaban dichosa los trofeos adquiridos entónces contra Napoleon, no ménos en los templados y calurosos climas que bañan el Tórmes y el Manzanares, que en las frias y heladas regiones del Septentrion.

Se prepara  
á nuevas cam-  
pañas.

## RESUMEN

DEL

### LIBRO VIGÉSIMO PRIMO.

**L**AS córtes.—*Enagenacion de baldios y propios.—Abolicion por las córtes del voto de Santiago.—Declarase patrona de España á Santa Teresa de Jesus.—Españoles comprometidos con el gobierno intruso.—Decretos de las córtes sobre este asunto.—Mediacion inglesa para arreglar las desavenencias de América.—Tratado con Rusia.—Con Suecia.—Felicitation de la princesa del Brasil Doña Carlota.—Nueva proposicion para nombrarla regenta.—Se rechaza.—Abolicion de la inquisicion.—Decreto de la abolicion de la inquisicion y manifesto de las córtes.—Reforma de conventos y monasterios.—Mudanza de la regencia y sus causas.—Eleccion de nueva regencia.—Su instalacion en 8 de marzo.—Administracion de la regencia ce-*